

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA ACLARACIÓN DEL MISTERIO

POR

HERIBERTO
FRÍAS



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

La Aclaración del Misterio

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucol Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900

La Aclaración del Misterio



La bella Malitzin, esclava que amaba apasionadamente al osado Hernán Cortés, había salvado por primera vez la vida del capitán conquistador.

Ya he referido á mis buenos lectorcitos el peligro de muerte en que se encontró el aventurero español cuando partió con «Xicotencatl», el general tlaxcalteca, después del festín en que Cortés se encontraba esperando obtener el permiso para pasar por la República de Tlaxcala. (1)

(1) Para comprender bien esta interesante leyenda de la época de la conquista, recomendamos á nuestros lectores la anterior, titulada: «El Abismo de las flores de sangre».

¡Ya lo sabéis, amigos míos, si no hubiera sido por el amor de aquella esclava, de terrible historia, no se hubiera llevado á cabo en aquella época la conquista del Imperio de Moctezuma!

La Mallinche, como le llamaban los «aztecas» ó Doña Marina, según la nombraban los españoles después de que se bautizó cuando salieron de Tabasco, fué quien, por odio á los mexicanos y amor á Hernán Cortés, veló día y noche por su nuevo amo.

Ella le explicó todo lo que él ignoraba; le aconsejaba siempre procurando que triunfara en todas ocasiones, ayudándole aún en los combates, cuidando por la vida del conquistador.

¿Cómo había logrado vigilar á Xicotencatl? ¿Qué pasó entre el capitán «tlaxcalteca» y el caudillo español?...

Es lo que voy á explicar en esta narración, dando fin á la extraña leyenda del «Abismo de las Flores de Sangre.»

Recordaréis que Hernán fué recibido con

grandes agasajos por parte de los trabajadores de «Moctecuhzoma», obteniendo magníficos regalos, pieles y plumas, joyas de gran valor, y sobre todo oro, mucho oro, que era lo que ambicionaban los conquistadores.

Mas cuando el caudillo manifestó su intención de pasar á visitar la capital del Imperio de Anahuac, el cobarde y supersticioso Moctezuma, temiendo por su vida, le mandó suplicar que no pasara y se volviese á sus flotantes palacios, como creía que eran sus barcos.

Cortés, con su eterna arrogancia, contestó que debía llegar él y su ejército hasta Tenochtitlán, para cumplir con las órdenes que traía de su padre, el Sol, el grandioso «Tonatihu», el rey de los dioses, que se encontraba en un palacio de fuego y luz.

Que se cumpla la voluntad de los dioses, y que vengas sus hijos á este su imperio, que les pertenece; pero que siquiera me dejen la vida y la de mis mujeres, hijos y parientes! —exclamó temblando el vil monarca, que



pretendía entregar el territorio de la patria á los extranjeros sin resistir.

Entonces fué cuando Cortés avanzó su ejército hacia el interior del imperio mexicano... mas era preciso atravesar por los terrenos que ocupaba la República de Tlaxcala, enemiga eterna de México... y aquélla se negó á permitir el paso á los extranjeros.

El valiente «Xicotencatl» indignado, propuso que salieran tropas á defender la patria, y él mismo al frente de ellas.

Entonces se dieron sangrientos combates; pero ¡ay!... era imposible que los soldados de la República, casi desnudos, resistiesen á los cañones españoles, que vomitaban rayos...

La matanza había sido espantosa, y apenas unos cuantos españoles había muertos... Con tristeza comprendió el general «tlaxcalteca» que sería imposible derrotar á los audaces extranjeros, que parecían invencibles.

Crecían en los bordes de la boca de un abismo hermosas flores rojas que cubrían por completo el horror del precipicio... ¡Nadie hubiera adivinado que debajo de aquellas bellísimas flores que formaban un magnífico jardín silvestre en el valle, nadie hubiera creído nunca que debajo estuviese la profundidad negra del Abismo!

... Aquel era el barranco de las «Flores de Sangre»...

*
* *

Viendo la inutilidad de su esfuerzo, el Senado de Tlaxcala dió orden á «Xicotencatl» de avisar á Cortés de que el Gobierno de la República le otorgaba el permiso de que sus tropas pasaran.

* * *

¡Cuál no sería la sorpresa y la indignación de «Xicotencatl» cuando vió en el gran banquete á la «Malinche», aquella esclava de su raza al lado de Cortés, de sus insolentes soldados y de una dama, que al parecer miraba con odio á la india... acaso por haber que tratarla como á igual... Entonces el guerrero meditó su plan de valerse de las mismas mujeres para perder á Cortés, desafiándolo á terrible combate!

—¡Vil esclava, guarda silencio de mis palabras... no las refieras á tu capitán porque juro por los dioses vengarme de tí de un modo terrible!—y entonces fué cuando propuso acompañar al caudillo á la hermosa entrada del camino de «Tlaxcala». —Ya habéis visto con que arrogancia aceptó el capitán, poniéndose

su armadura, y armándose de rodela y de lanza... «Xicotencatl» llevaba su larga macana.

Ahora vais á saber lo que pasó durante el camino.

—«Malinali», dí á tu nuevo amo que muy cerca del camino de mi ciudad hay un paraje misterioso que se llama «La Tumba de los tesoros» que al que se atreva á poner la planta sobre las flores que cubren la entrada de un subterráneo, donde los antiguos reyes de estas comarcas enterraron inmensas cantidades de oro, le será dado ver los tesoros... El «tecuhtli» blanco es ambicioso, y quiero que, dándole esas riquezas, se vuelva á su patria y nos deje en paz. .

—Marina creyó que las palabras de «Xicotencatl» serían una emboscada, pero no obstante las tradujo á Cortés.

—¡Cómo!—exclamó el caudillo español, relampagueándole las orejas de codicia y ambición.—Dice éste que hay un subterráneo donde se encierra mucho oro... pues al momento vamos allá... Ante todo á donde esté el oro, que



yo por encontrarle he atravesado los mares... A estas gentes no les sirve de nada, y á mí sí, porque padezco de males del corazón, y con oro se curan... ¡Qué nos conduzcan al instante, pero ¡ay! de él si me engaña. ó me tiende un lazo! ¡Qué sepa que este monstruo, sobre del cual marchó tan aprisa, que él apenas puede seguirme con ser tan ágil, me ayudará en mi justa venganza!...

Repitió la Malinche las palabras de Cortés, traducidas al idioma «nahuatl» á «Xicotencatl», quien manifestó grande alegría.

Así fué como llegaron los tres, hasta muy cerca del «Abismo de las Flores de Sangre».

—Ahora,— dijo el «tlaxcalteca».— bajad... ¿veis ese delicioso prado de bellísimas flores color de sangre?... pues debajo están enterrados los tesoros, todos de los antiguos reyes que habitaron en estas tierras... Yo puedo guiar al noble «tecuhtli» blanco, que tanto aprecia el oro, que si ofrece volverse á su patria, le indicaré por donde está la puerta...

¡Cuánta alegría volvió á apoderarse de Cortés, cuando supo lo que el tlaxcalteca quería decir!

—¡Juro á fe de leal y noble caballero volverme, y llevar la quinta parte de ese oro á nuestro augusto emperador y rey Carlos V, que Dios guarde, y dar otro quinta para Nuestra Santa Madre Iglesia, y edificar un grandioso templo á mi santo patrón, el apóstol San Pedro!

—¡Pues bien, avanzad á vuestro frentel— gritó « Xicotencatl », también contentísimo porque iba á ver hundirse en el fondo del precipicio, oculto por las tupidas flores, á su odiado enemigo.

Pero la astuta Malinche comprendió que algún engaño terrible había en el guerrero azteca, y dijo á Cortés:

—Señor, este tlaxcalteca dice que avancéis, pero acaso mienta; bajáos del caballo y dádmelo, que yo tenerlo de la brida, y avanzad con cautela y espada en mano, mientras yo cuido vuestra espalda ..

Así lo hizo Hernán Cortés: se apeó, entregando el corcel á Marina; desenvainó la espada y avanzó paso á paso, á la vista de « Xicotencatl », que esperaba ya el espantoso hundimiento... Y así fué... de repente sus pies no encontraron apoyo... y su cuerpo se hundió en el abismo, por entre las flores que lo cubrían.

—¡Maldición, maldición!—gritó con infinito terror.

—¡María Santísima, Reina de los Cielos!—
gimió la Malinche en castellano.

—¡La patria está salvada!—rugió «Xicotencatl».—¡El «tecuhtli» blanco ha muerto, y sus compañeros van á morir también!... Tú, Malinali, volverás con los de tu raza, con nosotros, y si me ayudas á que mueran del mismo modo, tendrás grandes premios. . ¿Quieres ayudarme?

—¡Oh! sí, valiente «tlaxcalteca»... déjame ir sobre ese caballo que me conoce, á traerlos á este lugar... pero volveré primero para avisarte...

—Corre, mientras yo voy á llamar á mis guerreros.

Malitzin subió á caballo, pues por diversión y ocultamente se había acostumbrado á subir... Y al galope llegó hasta el campamento... Xicotencatl corrió por diferente rumbo.

Ya sabéis lo que pasó luego... Apenas avisó á los soldados del capitán, volvió de nuevo á todo correr, creyendo que ya Cortés no existía... y pensando en unirse con «Xicotencatl»,

ya que todo había concluido con la muerte del caudillo.

Mas hé aquí que al llegar al «Abismo de las Flores de Sangre», escucha un gemido que parece salir de la tierra... Escucha con más atención... ¡y cuál no sería su pasmo al reconocer la voz de Hernán!

—¡Allá voy, Señor!... ¡Allá voy, tened valor!
— y la osada mujer, arrastrándose por entre los primeros arbustos de flores, llegó á la orilla del precipicio por donde salían los gemidos... después, vió brillar entre la pavorosa negrura del fondo la brillante coraza... se fué deslizando por entre las rocas hasta el lugar en que el cuerpo del guerrero yacía detenido entre rocas y árboles salientes. Con inauditos esfuerzos lo extrajo, murmurando palabras cariñosas.

—¡Gracias al cielo y á tí, Marina, vuelvo á la vida!... ¡Tuyo será mi corazón, y todo lo que conquisté!

Pero oyeron á lo lejos voces de acento tlaxcaltecas.



—¡Corramos á ocultarnos en el fondo menos profundo, pues llega Xicotencatl con los suyos!—dijo Marina.

Y entonces se escondieron en una parte no peligrosa, que los ocultaba, y era muy poco profunda.

—¡Malinali me ha engañado!—gritó Xicotencatl,—ha huído... pero lo importante es

que haya muerto el capitán de los blancos... Aún dejó aquí mismo el terrible monstruo... ¡Sacrifiquémoslo, amigos míos!

Entonces fué cuando cortaron la cabeza al caballo y la pusieron en una lanza, que clavaron cerca del «Abismo de las Flores de Sangre»... donde lo hallaron los soldados españoles que salieron en busca de Hernán Cortés.

Esta es la explicación de los maravillosos sucesos referidos en la primera parte de la fantástica leyenda, en que se ve como la Malinche salvó la vida del caudillo de la conquista... Nuevos peligros se esperaban en Tlaxcala. Y de muchos de ellos,—que describe la historia, y que la leyenda abulta y multiplica,—lo salvó la famosa y bella Malinche, como lo podrán ver los que leyeren las próximas narraciones.

Léase el anterior episodio

EL ABISMO DE LAS FLORES DE SANGRE
que es interesante, lo mismo que el que sigue

EL JURAMENTO DE CUAHUTEMOC
que es instructivo.